

Luis Caballero (1943-1995)

“Para mí la aventura del arte moderno perdió todo interés cuando comprendí que dibujar un cuerpo

me producía mucho más placer y satisfacción que el simple juego con las formas. Comencé a pensar que la vida es más importante que el arte, y que si arte hay, solamente puede venir de la vida. Desde entonces trato de poner mi vida en mi pintura, de vivir lo que pinto y de pintar lo que vivo, y pienso que si soy sincero al hacerlo, algo de mis emociones aparecerá forzosamente en mi trabajo.

Nací en un país latino, profundamente religioso, violento y fanático. La religión dominó mi infancia. Religión de imágenes, resueltamente visual. Aprendí con esas imágenes a amar y desear. Todavía me obsesionan y siguen siendo la base de mi pintura. Quisiera poder experimentar frente a las imágenes que produzco ahora el mismo sentimiento de adoración y deseo que me invadía de niño en las iglesias. La crucifixión, la Pietá, el Descendimiento, el Cuerpo yaciente. ¿Para qué más? Con esos temas eternos se ha podido siempre expresar toda la pasión, toda la angustia, todo el drama de la relación entre dos seres humanos.

¿Pero por qué tratar de explicar con palabras lo que se dijo ya dibujando? El dibujo, pienso yo, es un lenguaje tan válido como la palabra –y puede expresarlo todo-. Tratar de explicar con palabras una obra visual es en gran manera reducirla. Encasillarla, quitarle fuerza. Una obra visual debe prescindir de explicaciones, y si es buena trasciende cualquier explicación.

Dentro de las corrientes de la llamada vanguardia las explicaciones se han vuelto cada vez más necesarias. Tal vez porque lo más importante en ellas es precisamente el lenguaje y que la elaboración de dicho lenguaje se ha vuelto un fin en sí. El arte juega con el arte y reflexiona sobre sí mismo con sutilezas y bizantinismos cada vez más refinados. Los artistas se han vuelto gramáticos, pero en el arte, creo yo, importa no la gramática sino la poesía ya que la pintura se hace con imágenes y no con ideas.

¿Pero por qué el cuerpo y siempre el cuerpo? Tal vez porque el cuerpo es todo para mí –hasta un punto obsesivo; y que lo veo y lo siento cargado de todo lo que para mí significa algo. Sólo cuando dibujo un cuerpo me siento implicado yo mismo casi de manera carnal. Pinto cuerpos para sentir mi propio cuerpo, y en el momento de pintarlos todo se confunde y se mezcla. El cuerpo que veo me emociona, y la emoción está en el dibujo y el dibujo me la recuerda. El modelo renueva esa emoción, y con mi cuerpo siento el cuerpo que dibujo, y ese cuerpo puede llegar a ser yo mismo. Yo, que simplemente dibujo.

Todo esto parece literatura, pero yo creo sinceramente que en el momento de dibujar, al estar frente al modelo, o solo frente al cuadro, se producen a veces momentos de “gracia” y placer perfectos. Momentos en

los que se llega a una unión extraordinaria entre el modelo, el dibujo y el dibujante. Se dibuja entonces sin saber cómo. Inconscientemente, intuitivamente. Y el resultado es bueno sin que se sepa cómo ni por qué.

Un cuadro no puede tener nunca la inmediatez de esos momentos. Por eso prefiero dibujar. Porque me parece imposible guardar por largo tiempo esa tensión y porque no sé cómo recuperarla. Yo quisiera pintar y transmitir el sentido puro y no la información de ese sentimiento. Que el cuerpo que dibujo sea al mismo tiempo un fin y un intermediario.

¿Pero cómo pintar el sentimiento y no la imagen del sentimiento? ¿Cómo llegar a esa imagen concentrada en la que se mezclan placer y dolor, belleza, horror y deseo? ¿Cómo crear una imagen que sea real sin ser descriptiva? Una imagen que se imponga de un golpe y que no necesite de una “lectura”. ¿Cómo llegar a lo sagrado sin que se pierda lo humano? ¿Cómo reducir una emoción a una forma, y que esa forma sea un cuerpo, y que ese cuerpo exista fuera, independientemente de mí”.

Luis caballero

(Catálogo “Luis Caballero”.

Galería Minotauro. Caracas, 1983).